

Memoria y actualidad de eros

LIZBETH SAGOLS

En tanto el filosofar persigue la profundidad, tiene como tarea propia el regreso a lo mismo, el “volver a mirar”. Filósofos y filósofas tienen como hábito la renovación, nunca la mera repetición. Su regreso está motivado por la conciencia de la distancia entre el recorrido previo y la complejidad de los problemas que ocupan su mente y, en muchos casos —como en el de Juliana González—, su corazón. La nueva mirada proviene del asombro, de la docta ignorancia y, en especial, proviene de la *philia* por el saber y por aquellos a quienes éste se comunica. Todo auténtico filosofar es viejo y nuevo al mismo tiempo, pero, sobre todo, es un acto de comunión, de ofrecimiento y compromiso. Filosofar es cultivar la memoria de lo que en verdad nos importa.

La mayoría de los temas de *El poder de eros*: la ética, la vocación filosófica, la unión de filosofía y ciencia, el diálogo con los clásicos antiguos (en especial los griegos) y contemporáneos, la relación entre *eros*, *ethos* y *anthropos*, el bien y el mal, la posibilidad de una vida sana y feliz son los temas recurrentes de Juliana. Sin embargo, todos ellos se manifiestan ahora con el sello de un estilo fluido que gana en naturalidad y, a la vez, incorpora una mayor precisión en el análisis de los hechos, los mitos y los conceptos. Juliana plasma un estilo de pensar que reúne el *esprit de géométrie* y el *esprit de finesse*. El libro posee tal naturalidad que, por momentos, parece que su autora nos habla en persona. Pero, en tanto ella demuestra los razonamientos con tal detalle y afán de claridad, reiteramos la evidencia de la lectura, pues sólo la escritura ofrece la oportunidad de reunir el rigor extremo, analítico, con el movimiento libre del pensar en que el discurso se aproxima al devenir real y éste al desarrollo teórico, en que la filosofía se aproxima incluso

al arte. No es casual que, en diversas ocasiones, Juliana incorpore la dimensión artística a su reflexión. La incluye, sobre todo, al hablarnos de la ética como *autopoiesis* y “arte de vivir”, y también cuando recurre a obras de arte para ilustrar sus ideas. Por ejemplo, nos ofrece un bello análisis de la Academia de Atenas de Rafael para explicarnos la articulación interna de la historia de la filosofía. Belleza, afán de verdad y vida quedan, de este modo, íntimamente unidos.

Además, la libertad en el discurso se une, en esta obra, con una eminente preocupación por la actualidad. A Juliana González le interesa proponer una ética para el hombre de hoy. Se ocupa, así, del resurgimiento de la ética y de los múltiples significados del *ethos* que pueden considerarse. Asimismo, dialoga con filósofos y pensadores contemporáneos como Heidegger, Kolakowski, Fromm, Octavio Paz y Savater —entre otros— y nos brinda también, fundamentos para el nuevo campo de reflexión abierto por la bioética. La preocupación por la vida sana, que antes condujo a Juliana a relacionar la ética con el psicoanálisis, ahora la lleva a pensar en los problemas de la biotecnología y de la tecnología en general.

La intención que anima al libro en su conjunto consiste en fundamentar una ética erótica y feliz en la recuperación de la memoria del verdadero poder de *eros*, pues, como afirma Platón, “los hombres no comprendemos en absoluto tal poder”. Encontramos, en esta obra, una ética que advierte en nuestra condición contradictoria, en la reunión del corte (la falta) y la plenitud, en el deseo o el impulso vital de ser, la posibilidad del *ethos*: el carácter y la “segunda naturaleza”. Pero desde el primero hasta el último capítulos, hallamos también la conciencia de la crisis actual del *ethos* y

de la humanización. Juliana no parte de ideales abstractos, más bien le interesa responder a las contradicciones del ser humano y aceptar con realismo las características de su propio tiempo: un tiempo ambiguo, ya que, por un lado, hace un llamado a la ética y, por el otro, lleva sobre sí tanto las críticas teóricas a la ética como el quebranto de lo humano que se hace patente en la hegemonía de las relaciones de dominio y violencia.

La autora nos propone dos directrices para fundamentar la ética en el *eros*. En primer lugar, nos sugiere el reencuentro con las experiencias primigenias, frescas y ricas en diversidad, de los filósofos griegos y, por otra parte, nos ofrece una *dialéctica de la dialéctica*: un pensar que penetra en la contradicción que albergan en sí mismos los contrarios del hombre, que asume la esencial *relatividad* de la vida ética y deja atrás las visiones dualistas.

En el capítulo titulado “La ética y el *ethos*”, Juliana examina los múltiples significados griegos de este último término, con el fin de advertir, en su diversidad, la conjunción de lo real y lo ideal, de lo interno y lo externo, de lo teórico y lo práctico. Así, ella entiende la vida ética a partir de la idea de “mundo ético”, la cual es verdaderamente fértil para el presente, pues nos permite ir más allá de las visiones parciales que pretenden reducir la ética a la normatividad e incluso al cumplimiento de un mero código. En el “mundo ético”, coexisten la realidad de la moral efectiva y la tendencia a ideales; la duda: el conflicto interior del individuo y la necesidad de las normas comunitarias; la reflexión sistemática y el llamado a la *praxis* cotidiana. La vida ética se recupera como un ámbito complejo, pluridimensional, inseparable de la reflexión sistemática y centrado en el sentido y la cualidad.

Sin lugar a dudas, la *dialéctica de la dialéctica* nos conduce al eje del libro. Sólo penetrando en los contrarios de *eros* se comprende su naturaleza, se hace memoria de su auténtico poder y se encuentra su liga íntima con el *ethos*. Para llegar a ello, la ética de Juliana González enfrenta, según mi interpretación, dos problemas radicales e íntimamente relacionados: la aceptación del mal y la necesidad de trascen-

derlo sin recurrir a la represión y el empequeñecimiento existencial. Pareciera que, en principio, *eros* y *ethos* no se pueden mezclar, pues *eros* conforma nuestro ser y éste ha dado, a lo largo de su historia, múltiples evidencias de satisfacerse en el puro cuerpo e inclinarse hacia el mal, hacia la violencia, la destrucción e incluso la *hybris*. Hemos de aceptar, entonces, que *eros* contiene tanto la aspiración a la plenitud como la posibilidad del mal? ¿Hemos de aceptar que él contiene su propia negación? Si nos resistimos a pensar el mal desde el *eros* —advierte la filósofa—, tememos que aceptar la existencia de otro principio tan poderoso como él, pero de signo contrario (*thánatos*, por ejemplo) y, en esta medida, volvemos a las escisiones que intentamos superar. Y, por otro lado, si en el *eros* está el mal, queda implícita la pregunta: ¿no resulta mejor, como lo han hecho las éticas dualistas, desertizarnos, reprimir el deseo, para aspirar al *ethos*? Si aceptamos esta vía, negamos la realización del hombre en su integridad y, por tanto, su felicidad. ¿Cómo acercar, en fin, el *eros* al orden del valor sin negarle plenitud al deseo?

Para Juliana, no hay más principio que *eros*. Lo que ocurre es que él no se explica sólo por la contradicción entre el corte y la plenitud, entre ser y no-ser, sino que requiere un proceso de apropiación, de autoconocimiento, de memoria y cultivo; él adquiere modos distintos de ser según la forma como se asuma la contradicción en que consiste. Si no cultivamos el *eros* en su propia dialéctica, en su proceso de autoconciencia radical, lo vivimos como una fuerza ciega, inconsciente, meramente sexual y corporal, como la pura libido, en la que el corte y la falta se polarizan en la separación de los otros, en la aidez, el sometimiento y la violencia. En estas circunstancias, padecemos el deseo y lo condenamos a la inmediatez, al desgaste e incluso al apego a la muerte. Pero, frente a esto, Juliana coloca al *eros* alado, —como le llama Platón en el *Fedro*: el deseo o la libido que se vive como entusiasmo o delirio constructivo, como una fuerza que sabe de sí, que es automovimiento, autodirección, y que reconoce dentro de sí al *logos* como auriga. Este *eros* es afán de trascen-

dencia, de superación, es aspiración a la *hormé* y la perfección; no es mera libido, sino que es una fuerza que, desde el cuerpo, aspira a la creatividad: genera la “segunda naturaleza” en que consiste el *ethos*. Este *eros* es cultura, actividad, *ergon*, *energía* y, por tanto, asume la falta originaria como impulso de movimiento hacia la unión y la mejoría. Las alas de *eros*, dice Juliana, no son otra cosa sino la *philia*: el reconocimiento de la hermandad interhumana y la aspiración a la excelencia. Puede decirse que se trata de un deseo que, desde el goce corporal, llega al fondo de sí mismo, que hace memoria de su propio ser y reencuentra el afán de inmortalidad, de trascenderse y perpetuarse en el delirio de la creatividad, la donación y el goce pleno de la existencia.

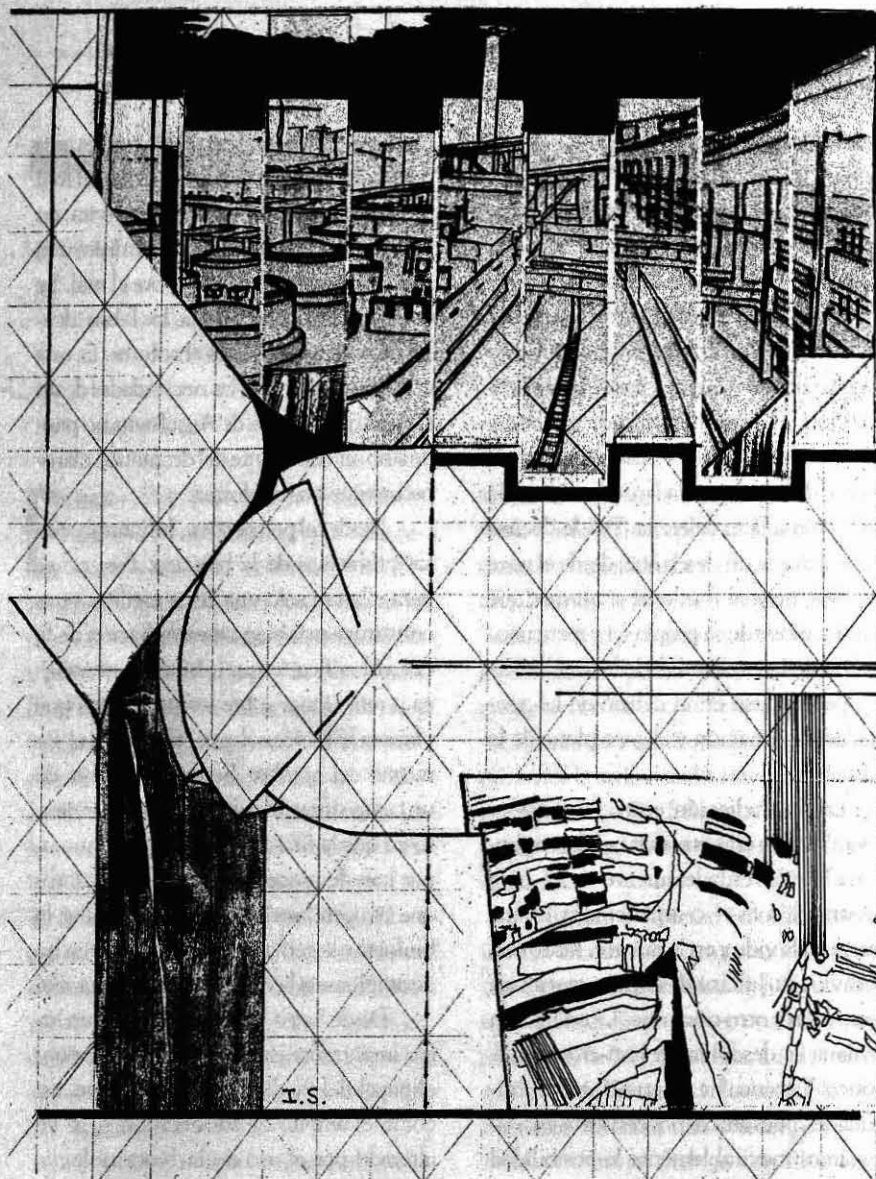
La contradicción entre ser y no-ser desemboca en esta otra más radical: aspiración a la vida verdaderamente viva —dice nuestra filósofa— o aspiración a lo que muere en la vida y en la muerte. Junto con Octavio Paz, Juliana destaca en *eros* un aspecto solar y otro nocturno. La condición humana se desdobra en anti-*eros* y *eros*-erótico. Y la ética ha de asumir ambas posibilidades, pues ambas nos constituyen. Albergamos inevitablemente la posibilidad del bien y del mal, podemos ser cuerpo meramente sexual o cuerpo entusiasmado: entregado a sus propios dioses, a su vocación (dice la autora), a los valores y al encuentro ético-amoroso con el otro. Sin embargo, la ética también ha de reconocer que el verdadero poder del deseo que nos impulsa a ser reside, en verdad, en el *enthousiasmous* y la *philia*. Éstos —afirma Juliana— tienen el poder de curarnos de la separación, del aislamiento a que parece confinarnos el corte originario del propio *eros*. La dialéctica de la dialéctica es necesaria para comprender que *eros* ha de aliviarnos de sí mismo, ha de trascenderse, sin negarse, gracias a una auténtica apropiación de sí.

Cabe decir que la ética erótica de Juliana González, en vez de fundarse en la represión del cuerpo y el mal, se basa en el esfuerzo del autoconocimiento, en la *praxis* de memorización del *eros*, en su aceptación activa, abierta a las contradicciones —y asimismo selectiva. No pre-

tende sustituir el mal con el bien, pues ambos serán siempre posibles; además, el mal nunca dejará de atraernos y nos invita, en cambio, a conquistar un predominio, una proporción mayor del bien sobre el mal. Se excluyen, en consecuencia, los falsos ideales de pureza y los falsos absolutos. Es una ética que responde a las necesidades de un tiempo que después de Auschwitz no puede sino ser consciente del dramático claro-oscuro que nos conforma.

Desde tal perspectiva, Juliana aborda los problemas de la bioética. Ésta no es para ella tan sólo una ética médica, pues constituye más bien una ampliación de la ética filosófica, ya que la bioética nos obliga a reflexionar sobre los problemas que plantea la biotecnología en general al ser mismo del hombre. Se trata, además, de un campo interdisciplinar del conocimiento en que la filosofía y las ciencias humanas han de proceder a partir de los datos que ofrecen las ciencias, en particular la biología y la genética, aunque también ha de ampliarse a la ecología y la demografía.

Desde luego, la medicina tiene un lugar importante en estas reflexiones, pues el papel del médico ante el paciente, así como el ámbito de sus decisiones, se ve alterado por el uso de la biotecnología. Sin embargo, junto a estos problemas, la autora de *El poder de eros* atiende otros de gran importancia como el contraste entre la libertad de investigación basada en el afán humano de conocimiento y la necesidad de poner límites al poder que confiere todo saber; otro sería el de la pregunta por la alteración de la vida y la muerte conseguida mediante la manipulación genética; y, sobre todo, la autora pone en el centro de la discusión bioética la cuestión de la naturaleza humana: ¿se altera la condición ético-erótica del hombre por la manipulación genética?, ¿se niega esta condición o se ve confirmada? Una de las aportaciones más importantes que Juliana hace a la bioética, desde mi punto de vista, reside en que al abordarla desde una perspectiva filosófica, señala como método propio de ella la “docta ignorancia”, el carácter tentativo con que han de enfocarse los problemas. Pues, como bien indica, recordándonos a Kant, son cuestiones de tal envergadura que “ni se pueden resol-



ver ni se pueden dejar de plantear". Desde su perspectiva, la bioética no tiene un carácter resolutivo: su objetivo fundamental ha de ser crear conciencia de nuestra libertad y dignidad, y señalar criterios generales de valor para que, con base en todo ello, pueda surgir una discusión fundamentada en los distintos foros y reuniones, así como en la conciencia del individuo.

Los problemas de la bioética tienen que plantearse, pues, desde una comprensión dialéctica y relativa del hombre. De este modo, Juliana nos ofrece, como ella misma lo aclara, una posibilidad intermedia entre la bioética liberal, la cual se concentra en los datos y la racionalidad de la ciencia, dejando de lado la pregunta por el ser del hombre, y la bioética teológica, aristotélico-tomista, que concibe al hombre como sustancia inalterable y que desconoce, en muchas ocasiones, los avances de la ciencia. Entre estos dos extremos, está la posibilidad filosófica de una bioéti-

ca humanista y laica, que tome en cuenta los avances de la ciencias y la tecnología, pero que a la vez dé razón del hombre en su posibilidad de cambio y en su ser ético-erótico.

Y en el último capítulo, titulado "Sobre el porvenir del *homo humanus*", Juliana analiza el fin del siglo pasado y las expectativas para el futuro, como un "cambio de era" en que rigen el imperio de la "necesidad", debido a la sobrepoblación, y la *hybris* en el dominio y transmutación de la naturaleza. Se plantea, entonces, la pregunta medular de la bioética humanista: ¿generan los avances tecnológicos, indispensables en nuestro tiempo, mayor libertad para el hombre, favorecen o amenazan su auténtico ser? Y la responde haciendo expresa, una actitud que recorre todo el libro: la esperanza. A pesar de que Juliana reconoce múltiples signos de amenaza de lo propiamente humano del hombre e incluso de su sobrevivencia, así como múltiples sig-

nos de destrucción de la Naturaleza en general, considera que tales amenazas pueden ser vencidas si confiamos en que el *eros*-erótico constituye la *physis* del hombre y que, por tanto, será la fuente de su renovación. Los peligros quizá pueden revertirse si, además, frente a la *hybris* ejercitamos la *phronesis* (la razón proporcional y adecuada a las circunstancias), si en vez de darnos por derrotados sabemos ver que la sucesión de las épocas evidencia una persistencia histórica y, particularmente, si "recobramos el amor por el hombre", por la grandeza de sus creaciones, por su búsqueda de la verdad, por todo lo luminoso que hay en él.

Cabe concluir que, para Juliana González, habrá un porvenir de lo humano en la medida en que la filosofía, gracias a la *philia* y a la razón, siga siendo una vocación que le recuerde al hombre aquello que en verdad le importa: su propio ser. Con *El poder de eros*, ella asume este supremo compromiso.

Sólo queda una cuestión pendiente en relación con la ética erótica, pues, a pesar de su capacidad para dar razón del carácter ontológico de la comunidad humana, parece reducirse, en el libro, a los encuentros interpersonales (desde luego más allá de la pareja amorosa) y al encuentro del otro en el propio ser: en el diálogo interno (*diánoia*) que da lugar al carácter y a la vocación, pero no queda claro qué ocurre con el ámbito de la norma institucional que también atañe a la ética. Como bien señala Paul Ricoeur en *Amor y justicia*, hay tres ámbitos de la ética: el "yo", el "nosotros" y el "se" impersonal de las instituciones. ¿Cuál es la liga entre el *eros* y ese ámbito del "mundo ético" que constituyen la normatividad y la institución? ¿Qué ocurre aquí con las pasiones?, y ¿cómo media la razón? Si, como hemos dicho, el *eros* alado se conduce gracias al *logos*, ¿cuál es el papel de éste para fundar la liga con las instituciones?¹ ♦

Juliana González, *El poder del eros*, México, Paidós/UNAM, 2000, 339 pp.

¹ Paul Ricoeur, *Amor y justicia* (trad. de Tomás Domingo Moratalla), Caparrós, Madrid, 1990.